

en cada una de sus actitudes o frases. Como podríamos no reconocer al inconfundible Mariano Latorre, a Jerónimo Lagos Lisboa, al inolvidable amigo Domingo Melfi, y a tantos otros personajes que viven y actúan en destacadas funciones públicas.

He dejado para el final de este comentario, uno de los aspectos más pintoresco y escabrosos de «La Noche en el Camino». La pintura que hace el autor de una Casa de Mujeres, elemento tan nacional y conocido por el mundo masculino sin diferencia de castas ni edades. Durand aborda el tema melosamente para luego entrar de plano a la fiesta noctimbula y pecaminosa en que desfilan mujeres de todos los temperamentos. Las hay bellas y románticas, dominantes y calculadoras. Luego la dueña de casa dominando el ambiente y saludando protectoramente a sus íntimos e incondicionales amigos. Entre ellos, algunos graves y puritanos jefes de servicios públicos, dictadores intransigentes en el hogar, pero allí son jovenzuelos díscolos que hacen piruetas para complacer y divertir a las bellas e ingenuas damas. Este aspecto silenciado discretamente por otros escritores lo trata Durand con realidad, sin grosería, con verdadero acierto que confirman sus condiciones de psicólogo y brillante escritor.

—RAMÓN VALENZUELA R.

https://doi.org/10.29393/At250-133UPEC10133

UN PERDIDO, por *Eduardo Barrios*. Nascimento, 5.^a Edición 1946

Cuando se habla o se escribe sobre la literatura sudamericana es costumbre inveterada citar cuatro novelas cumbres y representativas, cuyos nombres nos negamos a repetir una vez más.

Esa cita, de cliché, a fuerza de repetirse año tras año ha adquirido ya patente de legalidad inviolable, contra la cual parece que fuera profano rebelarse.

Sin embargo, esta vez no podemos acallar el deseo justiciero

de afirmar que esa lista de novelas es incompleta, pues ha excluído a una obra que de manera alguna es de inferior calidad y que legítimamente debe figurar en la primera plana de la novelística sudamericana. Nos referimos a «Un Perdido», cuya quinta edición ha publicado recientemente una casa editorial de Santiago.

En efecto, esta novela de Eduardo Barrios reúne todas las cualidades de aquellas otras—dibujo realista, colorido autóctono y atmósfera propia—más otra cualidad de mayor importancia y que le es exclusiva: Un Perdido es una novela psicológica.

Aquellas cuatro obras famosas—estamos contestes—cumplen admirablemente los requisitos de la gran novela, en estado primario: retratan con fidelidad el marco de la naturaleza y la estructura social que plasma el «modus vivendi» de los personajes, crea las costumbres y orienta las pasiones en juego. Pero, nada más. Son novelas documentos. Y sirven, por iguales partes, a la literatura y a la historia. Y acaso más a ésta que a aquélla.

«Un Perdido» es otra cosa. No enfoca desde afuera a las personas, preocupándose, en demasía, del ropaje y de los decorados. Por el contrario «Un Perdido» camina resueltamente a través de las claras y obscuras galerías del alma humana, entre amores, envidias, celos, ilusiones y desesperanzas de todas las gamas. Y esta labor psicológica, de suyo delicada, está perfectamente realizada por Barrios, gracias a su gran sutileza que le impide caer en el socorrido truco imaginista.

El tema es la vida, pasión y perdición de un hijo de esta América, pues aunque Luis—el personaje central—es chileno, representa genuinamente a cualquiera de los pobres países de estos lados. Es el hijo típico de la clase media: sentimental, soñador, apasionado y fatalista. Producto de un ambiente primitivo y pretencioso, víctima de una educación mimosa y desprevénida, al llegar a la edad adulta, Luis choca con el medio y cae dramáticamente vencido, por dentro y por fuera.

Es la derrota de un hombre. Y es la derrota de un continente.

Es un símbolo de nuestra raza, el cual resulta mucho más triste frente al telón de fondo de la América del Norte, que levanta cada vez más alto su materialismo soberbio y triunfante.

El estilo es sencillo, limpio, diáfano, de significación directa. Sin rodeos, sin vaniloquios y sin esa cursi hojarasca lírica, hoy tan de moda, con la cual más de un novelista levanta una cortina de humo para encubrir su pauperismo intelectual.

La obra—verdadera sinfonía humana—alcanza notas excelentes en ciertos pasajes inolvidables de alta valoración estética o de gran servidumbre psicológica.

Por ejemplo, cuando Luis, riéndose, avisa la muerte trágica de su abuela. Frente a este extraño rasgo patológico, propio de los seres nerviosos, nos preguntamos ¿qué otro novelista ha hecho hallazgos tan veraces y brillantes como éste?

También, cuando Luis—cornudo consciente—frente a la disyuntiva de patear y escupir a la infiel, se abraza a ella como un perro herido sintiendo, en macabra combinación, el asco y el amor consiguientes. Pocas veces hemos leído—aun en los autores europeos—pasajes tan apretados de sangrante humanidad.

La novela atraviesa distintos escenarios y cada uno de ellos aparece enfocado con gran propiedad y coloración.

Quillota polvorienta y adormecida, con sus beatas parleras y con sus fiestas emotivas y estereotipadas.

Iquique con su orgullosa y almidonada vida social, entre militares y damas de buena y mala ley. Los prostíbulos, saturados de tragicómica humanidad.

Los bajos fondos de Santiago, nido de vagos y delincuentes de torvas cataduras. Sin enlodarse y sin enlodar a los lectores, Eduardo Barrios logra, limpiamente, con arte, dar la medida de la abyecta baja de esos seres que viven al margen de las leyes legales y humanas, como víctimas o como victimarias.

El ambiente bohemio de Santiago con sus trasnochadores lunáticos y filósofos. Este ambiente, a nuestro juicio, no está suficientemente logrado, pues de él se pudo extraer a un bohemio

grande. Pero suponemos que la omisión es premeditada para no apagar las luces del personaje central.

La burocracia en la Biblioteca Nacional, cáncer gris y aburrida donde vegetan, o se mueven mecánicamente, empleados inferiores, misérrimos, pequeños y huérfanos de horizontes.

Seguimos la amarga y decadente trayectoria de Luis y, a fuerza de comprenderlo cabalmente como una víctima del medio, su rodada final nos resulta tan íntimamente trágica que, de veras, nos cuesta sujetar la emoción. Emoción grande y desgarradora que nace desde el fondo de nosotros mismos, desde obscuras raíces que nos amarran y nos mimetizan con la naturaleza romántica y fatalista de Luis.

¿Qué más se le puede pedir a un artista? Eduardo Barrios ha realizado plenamente la obra de arte.

Y para que no se nos tilde de desmedido o de chauvinista, nos sucribimos textualmente a la opinión de Manuel Gálvez, el gran intelectual argentino que dice en el prólogo de la tercera edición de esta novela editada en Madrid en 1926: «Un Perdido es, quizá, la mejor novela producida por un hispanoamericano».—EDMUNDO CONCHA.



«EDUCATION IN CHILE», por el Dr. Cameron D. Ebaugh. Boletín N.º 10. Oficina de Educación de los EE. UU. de N. A., 1945

El Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norte América auspicia, desde 1943, la publicación de una serie de folletos relativos a la educación en los países de Centro y Sudamérica. Se trata, en verdad, de un programa de realizaciones animado por el gobierno mismo. Y su finalidad es la de obtener, en el plano educacional y, por ende, cultural y científico, una efectiva reciprocidad de conocimiento, de comprensión y de cooperación entre todas las naciones americanas. Para ello, el país